



Salas de Inyección Segura y Campañas contra las Drogas

"...sería falso concluir por ello que un adicto no puede elegir. La única razón por la que aún existe alguna esperanza para él es, precisamente, porque todavía conserva un pequeño espacio de libertad para actuar y decidir si emprende o no un nuevo camino. Él todavía puede elegir dar el primer paso por una senda que lo aleje de la adicción y lo conduzca a la rehabilitación.



Las llamadas “salas de inyección segura” son lugares especiales a donde los adictos a las drogas pueden acudir para inyectarse sustancias ilegales, sin el temor de ser arrestados o investigados. Uno de estos sitios ha estado operando durante varios años en Canadá, en el lado Este de Vancouver. Los adictos de las áreas cercanas reciben ahí agujas higiénicas, ampollitas con agua estéril, algodones con alcohol para higienizar las áreas de inyección, bandas adhesivas, ácido ascórbico en polvo (para diluir las drogas) y herramientas en forma de pequeñas cucharas metálicas. El gobierno canadiense ha estado aportando los fondos para esta sala y está en el proceso de renovarlas. Otras ciudades como San Francisco y Nueva York también están considerando el instituir sitios como éste. Muchos grupos se oponen a estas zonas de drogas pues las ven como colaboradoras, si no como promotoras directas, de una práctica claramente contraria a la ética y que daña seriamente a la sociedad. El argumento de estos grupos es que los contribuyentes de impuestos no deberían ser obligados a aportar dinero para sitios donde las personas pueden consumir sustancias ilegales y destruir sus vidas.

La idea detrás de las salas de inyección segura es reducir los daños colaterales de la drogadicción. Quienes apoyan la iniciativa afirman que desde que los adictos hacen uso de

estos sitios el índice de criminalidad en el lado Este de Vancouver ha descendido, y que los índices de SIDA y hepatitis han disminuido debido a la disponibilidad de agujas limpias. Así mismo, manifiestan que la observación por parte de las enfermeras hará que disminuyan las muertes por sobredosis pues desde dicho lugar se puede llamar a las ambulancias más fácilmente que si los adictos se inyectan estando solos en un callejón oscuro. Argumentan también que el programa de intercambio de agujas usadas por agujas nuevas permite a los usuarios mantenerse sanos hasta que reciban ayuda en cuanto a su problema de adicción. Hasta un sacerdote ha escrito, a manera de defensa de estos sitios, que

“Algunas personas podrían decir que les estamos dando nuestra aprobación. Yo no estoy de acuerdo con eso porque sería como asumir que se trata de personas capaces tomar decisiones. Y cuando de personas adictas se trata, estamos hablando de peces de otro estanque”.

Esto es como decir, en otras palabras, que los adictos, al igual que los peces, no tienen libre albedrío.

Aunque ciertamente la adicción a

El Sentido de la Bioética

Salas de Inyección Segura y Campañas contra las Drogas

las drogas lesiona profundamente la libertad humana, sería falso concluir por ello que un adicto no puede elegir. La única razón por la que aún existe alguna esperanza para él es, precisamente, porque todavía conserva un pequeño espacio de libertad para actuar y decidir si emprende o no un nuevo camino. Él todavía puede elegir dar el primer paso por una senda que lo aleje de la adicción y lo conduzca a la rehabilitación. Nuestra estrategia pública al tratar las adicciones debe siempre mostrar una gran sensibilidad hacia ese pequeño espacio de libertad que permanece en cada individuo que lucha contra su adicción. Después de todo, es precisamente esta libertad la que nos distingue de las demás creaturas.

La afirmación tan publicitada de que las salas de inyección segura reducen los daños colaterales del abuso de las drogas es en sí misma dudosa. El investigador científico Garth Davies, en la conclusión de un extensivo análisis sobre el tema, hace notar cómo los lugares para inyección segura son “frecuentemente acreditados como generadores de efectos positivos, lo cual no surge de una evidencia empírica sólida”. La declaración de que los índices de criminalidad bajaron en Vancouver a partir de la apertura de la sala de inyección segura, puede ser el resultado de la inyección de 60 oficiales de policía

en el área cuando las instalaciones abrieron (incluyendo cuatro oficiales posicionados justo afuera del edificio) y no debido a las inyecciones que se llevaban a cabo dentro de la sala misma. El investigador concluye,

“Lo cierto es que ninguno de los impactos atribuidos a las salas de inyección segura pueden ser verificados con certeza”.

Más que a salas de inyección segura, los fondos públicos deberían ser dirigidos hacia programas de rehabilitación. Hay quienes manifiestan que tal vez estos sitios pueden ser la oportunidad para encaminar a los adictos hacia a la rehabilitación. Sin embargo es una contradicción que por una parte se facilite la adicción y por la otra se promueva la rehabilitación.

Esta contradicción se puede apreciar claramente en lo que nuestra sociedad ha aprendido respecto al alcoholismo. La mayoría de nosotros hemos visto —inclusive en nuestras propias familias y vecinos— lo destructiva que puede ser la adicción al alcohol. El alcoholismo puede devastar no sólo la vida de la persona sino la de su familia también; puede hacerla perder su empleo y hasta poner en peligro las vidas de otras personas en algunos ca-

sos cuando se está o se conduce en ese estado. También hemos sido testigos de lo útiles que han sido para los alcohólicos los programas de doce pasos como el de Alcohólicos Anónimos, donde la experiencia de millones de otros adictos hace evidente que la única manera en que ellos pueden superar su adicción es a través del apoyo mutuo para no volver a tomar otro trago. Imaginemos por un momento que, en lugar de respaldar estos programas de AA y los centros de rehabilitación, el gobierno estableciera bares donde los alcohólicos pudieran ir a embriagarse, donde se les proporcionaran vasos limpios, mobiliario y baños, aperitivos y entremeses saludables además de protección policiaca para que no sean asaltados en los callejones oscuros. ¿Pensaríamos realmente que esto sería promover su rehabilitación? Quienes luchan contra las adicciones merecen iniciativas públicas que los rehabiliten, no que faciliten su adicción.

El Padre Tadeusz Pacholczyk hizo su doctorado en Neurociencias en la Universidad de Yale y su trabajo postdoctoral en la Universidad de Harvard. Es sacerdote para la Diócesis de Fall River, Massachusetts y se desempeña como Director de Educación del Centro Nacional Católico de Bioética en Philadelphia. The National Catholic Bioethics Center: www.ncbcenter.org Traducción: María Elena Rodríguez

